

Encuentra tu *inspiración*, echa a volar tu imaginación y participa en el

15^o CONCURSO DE CUENTOS



LOS FRUTOS DEL CIELO

Tomás Betinyani

En una tarde de otoño del año 1923, en el castillo de la Bourdaisière, Luis De Broglie cortaba meticulosamente una placa metálica del famoso experimento de las doble rendijas para la luz. De cerca y atentos, lo miraban Carlos Sagaz y un cavernícola. Carlos, de estatura media, vestía pantalón y chaqueta color beige, con un sweater color celeste de cuello de tortuga. De nariz aguileña, llevaba su negro cabello peinado hacia un lado, dejando entrever una amplia frente producto de una creciente calvicie. El cavernícola era de estatura pequeña, delgado, de gran vellosidad corporal y vestía un taparrabo de piel de antílope. Si De Broglie los hubiera visto, con seguridad hubiera pensado que estaba sufriendo de un episodio de locura. Sin embargo, dado que eran fantasmas de otros tiempos, eran invisibles para sus ojos.

— Con este experimento se demostrará que la luz se comporta como onda, similar a una ola en el agua —dijo Carlos al hombre de las cavernas.

— Pero si recién me dijiste que la luz viajaba como una roca que se arroja — le respondió el homínido usando lenguaje de señas.

— Dije que la luz se comporta como partícula, y lo ejemplifiqué con una roca que se lanza, lo que es cierto. El tema es que también se comporta como onda — explicó Carlos.

— No entiendo. Es imposible. O se mueve como una roca o como el agua, pero no de las dos formas a la vez. Así nunca aprenderé a volar —reclamó el cavernícola, negando con la cabeza.

Desde la ventana de la habitación del castillo se apreciaban sus grandes jardines. De pronto, similar a una estrella fugaz, cayó del cielo un extraño objeto. Un gran estruendo y una luz cegadora envolvieron el paisaje en el momento del impacto. Colocando su mano frente a sus ojos para protegerlos, el hombre de las cavernas fijó la vista en lo que había caído. Le sorprendió ver que no se formó ningún cráter en el lugar del impacto. Vio emerger de éste un ser humanoide y resplandeciente, que emanaba un intenso fulgor. Su cabeza era alargada, y su cuerpo alto y delgado. Mientras la intensa luz comenzó a remitir, pudo observar que el color de la piel era de un blanco intenso. Sin duda no era humano. El cavernícola

estaba asombrado. Si bien había visto a Carlos llegar de la misma forma cuando lo conoció, no era algo que se viera todos los días.

El extraordinario ser que aterrizó en el jardín comenzó a levitar, y acercándose lentamente hacia el castillo, pasó a través de la ventana de la habitación en donde estaban Luis De Broglie, Carlos y el cavernícola. Como también era un fantasma, era invisible para De Broglie.

— ¡Carlos Sagaz, viejo amigo! Siempre que vengo a presenciar los grandes descubrimientos de la humanidad me encuentro contigo. ¿A quién estás paseando ahora? —dijo el humanoide caído del cielo.

— ¡Apolo! ¡Tanto tiempo! Me acompaña el primer ser humano que se le ocurrió combinar fonemas para inventar nuevas palabras. Hasta entonces solamente usaban sonidos guturales para referirse a cosas puntuales. Me demoré siglos en encontrarlo, pero eventualmente, di con él. La verdad es que es un genio, aprende muy rápido. En rigor es un *homo erectus*. Se comunica con lenguaje de señas porque le es difícil vocalizar nuestro lenguaje hablado —respondió Carlos.

— Fascinante —dijo el extraterrestre mirando al cavernícola con admiración—. Me presento, soy Apolo, o al menos así me llamaban los seres humanos en el pasado, encantado de conocerte. ¿Cuál es tu nombre?

— En mis tiempos no teníamos palabras, por lo que no teníamos nombres. Carlos me explicó que los nombres de las cosas hacen referencia a su esencia, a lo que las caracteriza. Yo lo que más disfrutaba hacer cuando estaba vivo, era mirar el cielo nocturno y reflexionar. Yo pensaba que las luces que se veían eran frutos del cielo. Imaginaba cómo sería volar y verlos de cerca. Me puedes llamar *el jardinero de los frutos del cielo* —respondió el cavernícola.

— Excelente nombre. ¿Este de acá es el famoso duque Luis De Broglie, cierto? ¿Está construyendo esa cosa de las rendijas? —preguntó Apolo señalando a De Broglie.

— Exactamente, eso mismo le estaba explicando —respondió Carlos—. Por alguna razón, mi amigo el jardinero no puede volar. Llevaba milenios deambulando a pie por África cuando lo encontré. Pensé que quizás si comprendiera mejor el

fenómeno de la luz podría ayudarlo, por eso lo traje aquí. Le está costando comprender que la luz se comporta como onda y partícula a la vez.

— Yo puedo ayudar con eso —dijo Apolo mirando al cavernícola mientras sonreía.

El alto extraterrestre extendió su mano derecha. Flotando sobre su palma, apareció un peculiar polvo luminoso que lentamente tomó la forma de un cilindro. Luego, extendió el dedo índice de su otra mano, el cual comenzó a brillar con una luz azulada.

— ¿Ves la sombra del cilindro? ¿Qué forma tiene? —preguntó Apolo, indicando con la cabeza la sombra proyectada en el muro.

— Tiene forma rectangular —respondió el jardinero.

— Exacto. El cilindro está de pie y su sombra es rectangular. Ahora: ¿Qué forma tiene la sombra? —consultó el alienígena mientras se rotaba el cilindro quedando horizontal.

— Ahora tiene forma de círculo —dijo el cavernícola.

— Así es, ahora que el cilindro está acostado, su sombra es circular. Lo mismo ocurre con la luz. Para comprenderlo, es mejor no considerar a la luz como onda ni como partícula, sino como un tercer tipo de cosa, que no es comparable con ningún objeto de nuestra realidad cercana, y que observado bajo ciertas condiciones se comporta como onda y bajo otras como partícula. ¿Entiendes? —explicó Apolo.

— ¡Sí! —dijo el hombre de las cavernas, mientras sonreía y aplaudía a Apolo por la calidad de su explicación.

Mientras aplaudía, los pies del cavernícola se despegaron del suelo y comenzó a levitar. Sorprendido y dichoso, paulatinamente logró controlar y darle dirección a sus movimientos para flotar hacia donde deseaba. De pronto, atravesó la ventana de la habitación y, tomando velocidad, voló por los cielos. Dió rápidas vueltas alrededor de los jardines del castillo, haciendo piruetas y exclamando de felicidad.

— Te dije que aprendía rápido —dijo Carlos al alienígena, mientras se dirigían flotando hacia los jardines.

— ¿Qué fruto del cielo quieres visitar? —preguntó exclamando Apolo al cavernícola.

— ¡Todos! ¡Los quiero conocer todos! —alcanzó a responder el jardinero de los frutos del cielo, mientras ascendía vertiginosamente por el firmamento junto a Apolo y Carlos Sagaz.